



Arnulfo Villaseñor Saavedra, el Hombre.

Not. Eugenio Rodrigo Ruiz Orozco

Don Arnulfo fue mi maestro, condición que significó para mí la oportunidad de tratarlo en términos distintos a los de los demás. Abusaré de la relación que me une a sus familiares y amigos para llenar los vacíos de mi conocimiento, a fin de tratar de construir una semblanza de nuestro personaje y de ser lo más puntual posible.

Me asalta una multitud de interrogantes: ¿Cómo llevar a cabo una intervención en la que, sin caer en lo ordinario, pueda exaltar valores y cualidades del hombre sin aparecer complaciente, insustancial?, ¿cómo destacar méritos y reconocer virtudes con objetividad, propiedad y justicia, más aún, tratándose de un ser humano que dedicó su vida a la política (sí, a la política, esa actividad hoy tan desestimada, poco prestigiada y frecuentemente rechazada por la sociedad)?

¿Qué pasa en nuestro país con la política y los políticos? ¿Se dan cuenta de que siempre que expresamos nuestras ideas, nuestras opiniones acerca de esos dos tópicos, lo hacemos en términos negativos?

¿Por qué una profesión que debería convocar al reconocimiento y el respeto de los ciudadanos ha dejado de ser bien vista por los

miembros de la comunidad? En otras latitudes y longitudes se distingue a los mejores y se señala a quienes no lo han sido. Vaya un ejemplo.

En Sevilla, la ciudad y con ella el gobierno procedente de un partido opuesto al de **Manolo del Valle**, nuestro amigo, siguió una bella tradición y lo honró en vida mediante la imposición de su nombre a una importante avenida de esa localidad. Claro, fue un alcalde honrado, discreto, eficiente, enérgico, prudente, etcétera; pero, ¿qué aquí no los hay?, ¿o, fieles a nuestra incapacidad de ver ojos en cara ajena, negamos a los de enfrente y condenamos a los propios? Dejo el tema para la reflexión y vuelvo al tema que me ocupa.

Don Arnulfo fue un político y mucho más que eso. Fue un humanista que vivió ajustado a una moral, la cual practicó en el ejercicio de su profesión; él trascendió por la congruencia de su vida: actuó como pensaba y esto lo hacía en razón de un marco axiológico que dio sentido y dirección a sus pasos.

En este punto, quiero empezar a compartir algunas reflexiones que permitan conocer las ideas, creencias y obra de un político, sí, de un político cuya importancia radica simple y llanamente en su congruencia, honra-

dez y talento; ingredientes que, por escasos, llaman la atención.

Soy de los que piensan que en la familia se hallan el origen y la razón de nuestros actos y hechos. Creo en la tradición familiar, esa extraordinaria fuente donde se reproducen, generación tras generación, los valores que dan fortaleza, sentido y permanencia a la sociedad.

En el caso de don Arnulfo, su estirpe no es nueva. Nombre y apellido son comunes en la historia de nuestra ciudad. Llevó con orgullo los de su abuelo paterno, decimonónico personaje que desempeñó en su vida tres profesiones: las de arquitecto, ingeniero y abogado. Todavía se encuentran por allí algunas muestras de su talento. ¿Dónde fue que don Francisco Severo Maldonado publicó *El Despertador Americano*, primer periódico insurgente? En el que hoy es el número 225 de la Avenida Alcalde 225; sí, en la famosa Casa de los Perros, sede actual del Museo del Periodismo y de las Artes Gráficas. Pues bien, esa edificación fue pensada y erigida por don Arnulfo, *el Viejo*, lo mismo que la casa de don José López Portillo y Rojas, museo de época de la ciudad, así como la casa ecléctico-colonial de don José Guadalupe Zuno, ubicada en las antiguas calles de Bosque y Unión.

Tenemos, por otra parte, a don Ramiro Villaseñor y Villaseñor, tenaz, perseverante, amoroso recolector de información e historias que, entretejidas, dan forma a la memoria de lo que es hoy nuestra gran ciudad y que en tres volúmenes nos entregó bajo el título de *Las Calles Históricas de Guadalajara*. Y sin ser necrófilo, sólo

para preservar el recuerdo de quienes integran la nómina de ocupantes del cementerio de Santa Paula, nos legó su *Epigrafía del Panteón de Belén*. Qué decir de doña Esmeralda Villaseñor Vda. de Matute, compañera del inolvidable amigo don Jorge Matute Remus; quien nos honra con su presencia. Todos ellos, testimonios de que no existe árbol sin raíces, edificio sin cimientos, sabio sin cultura o ciudad sin pasado.

Debo decir que a medida que pergeñaba estas líneas, la memoria individual y colectiva comenzó a aproximar recuerdos, imágenes, palabras, hechos y anécdotas, cuyo acomodo resultaría ciertamente complicado de no definirse una metodología, pues resulta que don Arnulfo fue un personaje multifacético. Así, decidí hacer una presentación destacando algunas de las actividades, profesionales o estrictamente personales, para identificar algunos rasgos psicológicos que nos aproximarán al conocimiento o redescubrimiento de don Arnulfo, el hombre.

Desde esta perspectiva, presentaré a manera de fascículos mis distintas visiones de don Arnulfo, para concluir con algunas reflexiones sobre el tema; comenzaré con la que explica cómo y por qué inicié mi relación con don Arnulfo.

Fascículo primero

Don Arnulfo, el maestro. Si existe una profesión que reclama generosidad, paciencia, tolerancia, energía, don de gente y un profundo desprendimiento, es la docencia. Parte sustantiva de la crisis que atraviesa nuestro país se deriva de la defi-

ciente transmisión de conocimientos y valores aprendidos y enseñados, tanto en el seno familiar, como en el sistema de educación formal.

Nuestra Nación pasa por una gravísima crisis educativa.

Él tenía vocación de maestro, le gustaba trabajar con jóvenes. Cifrar sus esperanzas en el futuro. Constructor empedernido, sabía que la mejor obra, la más perdurable, era la de formar hombres. Horas y más horas dedicó a este empeño. Fue maestro de Literatura, Economía, Ciencias Políticas y fundamentalmente, lo fue de la vida.

Hombre sin excesos, vivió como predicó: directo, objetivo, espléndido expositor, ameno en la cátedra, más preocupado por enseñar, por transmitir sus conocimientos que por imponer la autoridad. Excelente charlista, de espíritu abierto; definido en todos los órdenes de la vida; sin embargo, hombre de formas, jamás perdió la compostura y el buen gusto, incluso cuando reprendía, lo hacía evitando lastimar.

Le preocupaba estimular la curiosidad de los jóvenes universitarios por el conocimiento de la realidad cotidiana. Recuerdo que, siendo nuestro maestro de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad de Guadalajara, frecuentemente preguntaba acerca de las noticias del día. Cierta ocasión, alguien que consideraba insustancial el hecho le preguntó por qué lo hacía y el contestó: “así logro de una parte que se enteren de la marcha del país y, de otra, colaboro a que mejore la economía del periódico *El Informador*”.

¡Ah!, permítanme compartir un anécdota que en el salón de clases provocó una crisis de hilaridad: don Arnulfo disertaba sobre los grandes descubrimientos que marcaron, en el mil cuatrocientos, el destino de la humanidad —explicaba la fisiocracia y los orígenes del mercantilismo— cuando a un compañero al que notó distraído le lanzó como dardo certero la pregunta. Obvio, al verse sorprendido (y “aconsejado” por los compañeros de los lados), comenzó a señalar algunos de estos “acontecimientos”: el teléfono, dijo, el automóvil y los barrios bajos. El grupo se desternillaba y don Arnulfo, con el regocijo de la audiencia, le inquirió si Cristóbal Colón habló por teléfono para confirmar que estaba descubriendo las Indias Occidentales. Ya se pueden imaginar, maestro y alumnos compartiendo uno de esos momentos que se recuerdan por siempre y al *Chivillo*, que así le decíamos al compañero de marras, indignado, reclamando a sus compañeros cercanos por la calidad de la “asesoría” recibida.

Fascículo segundo

El estudiante. Estaba por graduarse como Doctor en Derecho por la Universidad San Pablo de Madrid, en convenio con la Universidad de Guadalajara. Fruto de los trabajos del Lic. Adalberto Ortega Solís, ahora los egresados de la Facultad pueden aspirar a este grado académico.

Pues bien, don Arnulfo jamás dejó de estudiar. Con inusitado interés acudía como el joven que era, a recibir las enseñanzas de maestros muchos años menores que él. Vale

Don Arnulfo, aparte de sus aficiones personales, se dedicó a la tarea de coleccionar tierra, sí: tierra. Como Presidente Municipal, adquirió la mayor cantidad de metros cuadrados en la historia de la ciudad para garantizarle espacios que facilitarían su futuro desarrollo.

la pena tratar de entender porqué lo hacía. ¿Cómo funcionaba esa mente y reaccionaba ese espíritu en permanente búsqueda? ¿Cuál era la fuerza que lo impulsaba para volver, como las olas del mar, inevitable, fatalmente, a la playa del conocimiento?

Hoy, cuando conceptos como educación continua, permanente, a distancia, son de actualidad vigente, (fenómeno que, por demás, tiene que ver con la explosión del conocimiento y la capacidad casi ilimitada de la inteligencia humana para producirla en términos exponenciales), me doy cuenta de que él ya los practicaba.

Maravilla imaginar que lo que está siendo pensado y creado en este momento deja de ser actual, inmediato, para integrarse a la masa del conocimiento global —simplemente como dato curioso: ¿sabemos que todos los días se incorporan aproximadamente 4,500 títulos al acervo del conocimiento humano? Esto es: cada año se editan en el mundo aproximadamente 1'650,000 títulos. Impresionante—. Pues bien, Su actitud, consecuente con su temperamento, revela una inteligencia en permanente renovación. Si a eso agregamos su necesidad de mantenerse cercano, próximo a los jóvenes en el espacio natural del claustro universitario, nos encontraremos con un personaje digno del Renacimiento, en el buen sentido de la palabra. Fue un hombre en permanente adecuación a su tiempo.

Fascículo tercero

El coleccionista. Entre las aficiones a las que dedicó tiempo y recursos estuvo el coleccionismo. Lo hizo con tim-

bres postales. Cuando algunas veces coincidimos en la ciudad de México, le acompañé al viejo y hermosísimo edificio de correos, ubicado por el hoy eje central Lázaro Cárdenas, frente al costado oriente del Palacio de las Bellas Artes, a comprar las más recientes ediciones de estampillas publicadas por la Oficina Central de Correos.

Lo practicó también con automóviles a escala, aprovechando su calidad de propietario de aquella tiendita —si viviera don Saturnino Coronado me llamaría la atención por el uso del diminutivo— de artículos festivos o jocosos para bromas denominado *Las Vaciladas*, situada inicialmente por la Av. Juárez y más tarde por la calle de Galeana, entre Juárez y López Cotilla. Por cierto, el establecimiento de esta “pequeña empresa comercial” se debió a que, al concluir la administración municipal encabezada por don Jorge Matute Remus, don Arnulfo abandonó la Secretaría del Ayuntamiento sin liquidación alguna —cualquier similitud con los tiempos actuales, es mera coincidencia—; había, pues, que pensar en cómo vivir y en qué ocuparse. Así, en sociedad con su cuñado René Toussaint, estableció la famosa tiendita de artículos para “vaciladas”.

Mientras reflexionaba yo sobre el coleccionismo, me pregunté: ¿qué cualidades debe tener una persona que se interese por coleccionar cualquier serie de cosas? ¿Cuál es la motivación que impulsa a esta rara especie de individuos? Porque no se trata sólo de disponer de algunos recursos económicos, tiempo y

una idea de lo que se quiere. Quien colecciona revela un gusto, un amor especial por aquello que acumula. Los coleccionistas, lo sabemos, son capaces de llegar al sacrificio para obtener aquel bien que estiman precioso,preciado. Su tenacidad llega en ocasiones a la obsesión.

El coleccionista tiene un sentido patrimonialista y se asume además custodio de los bienes coleccionados, desarrolla un profundo sentido de pertenencia. Se impone a sí mismo la obligación de *cuidar* para el futuro, para los demás, —claro, estoy hablando de seres normales, no de misántropos— porque entiende los objetos o las cosas en razón de un compromiso colectivo. Puede disfrutarlo íntimamente pero sabe que tarde o temprano habrá de pertenecer a la sociedad. Para eso lo acumula. Cuando Avery Brundage, aquel mítico Presidente del Comité Olímpico Internacional sumó pieza tras pieza, la más importante colección de arte oriental, lo hizo pensando en que un día habría de ser expuesta, como hoy lo es en un museo *ad hoc*, ubicado en la ciudad de San Francisco.

De esta manera, don Arnulfo, aparte de sus aficiones personales, se dedicó a la tarea de coleccionar tierra, sí: tierra. Como Presidente Municipal, adquirió la mayor cantidad de metros cuadrados en la historia de la ciudad para garantizarle espacios que facilitarían su futuro desarrollo.

Detrás del hecho se revela la visión y la previsión de alguien que piensa en la ciudad, en los bienes públicos, no como medio de enriquecimiento personal, sino en

calidad de mecanismos que fortalezcan al Gobierno y al Estado. Dado que, además, pensaba que el Ayuntamiento, Pensiones o el Gobierno del Estado deberían ser económicamente solventes, se dedicó a sumar predio tras predio en beneficio de eso que se llama sociedad, y precisamente en algunos de estos espacios se pudieron construir, por administraciones posteriores, el Zoológico, el Panteón del Sur, la estación de servicios de la benemérita Cruz Roja al norte de la ciudad y otros inmuebles destinados al servicio público. Incluso, hoy día, parte de esos terrenos se mantienen como zona de reserva para garantizar el crecimiento del Planetario.

Fascículo cuarto

El armador de rompecabezas. Tuvo además una afición consecuente sólo con inteligencias superiores. Armaba rompecabezas. ¿Qué es la sociedad sino un gran rompecabezas? La solución a los problemas de la gente, todos los días, exige mentes capaces de observar, imaginar, planear, proyectar, ejecutar, supervisar y finalmente, resolver los rompecabezas que representan la seguridad pública, la vivienda, el complicadísimo asunto del transporte, el abasto de una metrópoli, el adecuado funcionamiento del aparato burocrático y mil cosas más.

Paciencia, perseverancia, capacidad de abstracción y de síntesis, liderazgo y amor, entre otros componentes, se reclama que tenga el servidor público. Por eso, no cualquiera puede ser político. Sí, sin duda —los tiempos actuales lo de-

Y precisamente en algunos de estos espacios se pudieron construir, por administraciones posteriores, el Zoológico, el Panteón del Sur, la estación de servicios de la benemérita Cruz Roja al norte de la ciudad y otros inmuebles destinados al servicio público.

muestran—, cualquiera puede ocupar el asiento de la silla, pero gobernar, conducir; lograr la justicia social, el bien común o trascender, en el mejor de los sentidos, es privilegio de unos cuantos. Dentro de ellos, él tiene un sitio entre los mejores.

No se crea que exagero: ¿cómo sería el funcionamiento de la ciudad sin la calzada Lázaro Cárdenas? Debo decir que intencionalmente dejó el centro de la avenida sin construir, pues visionario al fin, imaginó (qué hermosa palabra: “imaginó”) para ese espacio un sistema de transporte colectivo de superficie que conectara el sur de la ciudad con Tlaquepaque y Tonalá. ¡Ah! y los recursos que aplicó no provinieron de empréstito alguno, fueron propios del Ayuntamiento de esta muy noble y leal ciudad. ¿Acaso tenía la habilidad de multiplicar los peces?

Fascículo quinto

El lector. Si una característica lo distinguió a lo largo de su vida fue su amor por la lectura. Tenía la firme convicción de que a través de los libros no sólo ampliaba su conocimiento de diversas materias sino que fortalecía sus procesos de reflexión. Interactuaba con los autores y aunque leía de todo, sus temas preferidos estaban vinculados a la conducta. Le llamaba profundamente la atención el estudio del comportamiento humano. Tenía mucho de psicólogo, nos impulsaba a buscar siempre una explicación que nos permitiera entender los modos, las formas y los motivos de las reacciones de los seres humanos; penetrar en el fondo de las motiva-

ciones, los gustos, las preferencias, los traumas, los prejuicios, etcétera, que finalmente dan perfil a cada uno de los que tenemos el privilegio o el infortunio de vivir y ayudan a comprender la razón de las cosas.

Conocedor profundo de la historia y de sus personajes, tanto universales como nacionales, encontraba en ellos inspiración. Admiró a los que con esfuerzos, algunos colosales, alcanzaron metas superiores para sus pueblos: Benjamín Disraeli, Winston Churchill, Abraham Lincoln, Konrad Adenauer, Golda Meir, Jawaharlal Nehru y Benito Juárez, entre otros. Admiró también a Mariano Otero y muy especialmente a Jesús Reyes Heróles.

Entre sus lecturas más apreciadas se encontraban las biografías y las novelas de misterio. André Maurois, Hilaire Belloc, Emil Ludwig, Stefan Zweig, Edgar Allan Poe, Agatha Christie, Georges Simenon, Edgar Wallace y Maurice Leblanc, por mencionar algunos, fueron compañeros en sus horas de lectura. Personajes como *Hércules Poirot*, *Miss Marple*, *Arsenio Lupin*, *Sherlock Holmes* o *Fantomas*, acompañaron a don Arnulfo durante jornadas interminables e incontables amaneceres.

Hoy día, aún se encuentra en el buró de nuestro amigo —si faltó a la verdad, ruego a doña Tere me lo indique; claro, con toda discreción—, la edición correspondiente al cuatrocientos aniversario de *El Quijote*, en espera de que sus nietas concluyan la lectura que él inició.

Fascículo sexto

El promotor cultural. Desde temprana edad, dirían los cronistas, mostró inclinación y compromiso con la única materia que cohesiona a la sociedad: la Cultura. Hay múltiples evidencias que prueban esta afirmación.

Al concluir la carrera de abogado, se incorporó como director, al Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Guadalajara; en esa responsabilidad se dio a la tarea de recuperar una serie de muy valiosos textos relacionados con el pasado y el futuro de nuestro país, reeditando un título que, por su actualidad, debería ser hoy materia de consulta, *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, obra escrita por el más brillante, el más universal de los mexicanos, Mariano Otero, en el año de 1842.

Patrocinó la colección *Guadalajara*, serie de libros con temas específicos de la ciudad escritos por los mejores autores de esa época: Francisco Ayón Zester, Magdalena González Casillas, Gregorio González Cabral, Armando Morquecho Preciado, Víctor Hugo Lomelí, Carlos Gómez Partida, Alberto Gómez Barbosa, Guillermo García Oropeza, Marcos Arana y por supuesto, Fernando Martínez Réding, quien coordinó este esfuerzo editorial.

Sin embargo, lo que más hay que agradecerle a don Arnulfo en esta materia, es que haya dotado a nuestra ciudad de un edificio para proteger nuestros viejos y nuevos papeles. Sí: el Archivo Histórico de Guadalajara ubicado en la calle Esmeralda 2486, Fraccionamiento Bosques de

la Victoria.

Sólo alguien que amaba profundamente y estaba comprometido con su país, su estado y su ciudad, fue capaz de construir un repositorio que cobija los títulos que acreditan nuestro origen y las blancas hojas en las cuales se escribe la historia del presente.

A pesar de que las condiciones del municipio no permitían disponer de mayores recursos económicos, también nos legó el Centro de Ciencia y Tecnología Planetario *Severo Díaz Galindo*.

Únicamente los espíritus superiores protegen los bienes culturales, y don Arnulfo lo hizo... ¡Bien haya!

Fascículo séptimo

Don Arnulfo, el orador. La oratoria fue, hace no muchos años, camino para la participación política. La razón es sencilla: nuestra forma de comunicación era básicamente oral. El político se entendía, persuadía, convencía, conducía con base en la palabra, usándola, labrándola... cumpliéndola.

(*Platoani* significa "el de la voz", el que al hablar, señala el camino.)

En esa no tan lejana época, los políticos, para hablar, tenían que pensar y para hacerlo era necesario saber, haber leído. Los políticos decían o no lo que pensaban, actuaban o no, de conformidad con su criterio, en el menor de los casos por su sensibilidad, por su intuición. El tiempo era diferente. El político dependía en gran medida de sí mismo, ahora dependen de los *manejadores de imagen*, de los *comunicadores*, de la *mercadotecnia* y de los *medios de comunicación*. La

¿Cómo sería el funcionamiento de la ciudad sin la calzada Lázaro Cárdenas? Debo decir que intencionalmente dejó el centro de la avenida sin construir, pues visionario al fin, imaginó para ese espacio un sistema de transporte colectivo de superficie que conectara el sur de la ciudad con Tlaquepaque y Tonalá.

sociedad se convirtió en un espacio audiovisual, comenta Sartori.

Hoy, algunos de los que se dedican a la política dicen lo que les sugieren, se visten como les ordenan, aparecen y desaparecen conforme a un guión establecido; perdieron profundidad porque los aplanó la pantalla de la televisión, señala Regis Debray. En fin. El hecho es que en esas circunstancias los jóvenes aspirantes al quehacer político desarrollaban, con el ánimo de convencer a los gobernantes en turno, su capacidad oratoria. Y, como el mundo funcionaba en ese sentido, existieron instituciones que patrocinaban eventos realmente importantes para buscar a los talentos que el sistema cooptaba para su renovación. Uno de estos patrocinadores fue el diario *El Universal*, de la ciudad de México, que año tras año convocaba a los mejores, y al decirlo, ha de asentarse que eran efectivamente los mejores, los más estudiosos, los mejor formados, los más brillantes prospectos, al Campeonato Nacional de Oratoria.

Ganar el certamen no era cosa fácil. Eliminatorias estatales, regionales y al cabo, el concurso nacional y claro, para los de provincia, el fantasma de un jurado compuesto de santones, es decir, “cargaditos” a las instituciones nacionales, empezando con la UNAM y el Instituto Politécnico Nacional.

Sólo unos pocos jaliscienses lograron en distintas ediciones obtener el triunfo: don Alfredo Hurtado Hernández, don Javier Vivanco Ruiz y don Arnulfo Villaseñor Saavedra.

Fascículo octavo

El político. Amó por encima de todo a la política, incluso podría decir que la amó por encima de sus otros amores. La política, la buena política, era esa maravillosa actividad creada por lo mejor de las inteligencias de la humanidad con el propósito de facilitar la convivencia de quienes formamos parte de las distintas sociedades.

La política ha sido y es tema obligado de los más grandes talentos de la historia. Unos han hablado acerca de ella, otros la han escrito, algunos la han practicado, los más, la han sufrido; pero nadie, absolutamente nadie, se ha podido excluir de ella. Porque la política tiene que ver con todas las manifestaciones del ser humano.

Así, cuando hablamos de las grandes líneas para el tratamiento de los asuntos públicos o privados, desde lo estructural hasta lo irrelevante, expresamos la conveniencia de definir o aplicar “políticas” y en consecuencia decimos: hay desaciertos o no en la política económica, o las políticas educativas no son las adecuadas, o se han debilitado los acuerdos políticos en tal o cual sentido, o hace falta una política más enérgica para el tratamiento de asuntos como la corrupción, la seguridad pública o el reclutamiento de cuadros para la administración.

La política, en su concepción y práctica, según nos la enseñó don Arnulfo, exige una gran capacidad para integrar, con visión de futuro, el pasado y el presente.

El político debe conocer la Historia, decía, sólo así sorteará las trampas que los prejuicios y las

animosidades de otros hombres en otros tiempos han colocado en el camino de los pueblos. Apuntaba que siendo la sociedad el espacio en el que se interrelacionan los intereses de quienes la conforman, el político tiene la obligación de identificarlos, conciliar aquellos cuyo comportamiento es permisible por la moral y el derecho y subordinar al interés colectivo los que afecten su desarrollo.

Fue un demócrata liberal con un fuerte compromiso social. Sus actos fueron inspirados invariablemente en la idea de construir una sociedad más justa, en la que las diferencias entre las clases fuesen más suaves, menos dramáticas. Jamás dividió. Entendía el papel de los distintos actores sociales en términos de complementariedad. Respetó a los empresarios y a los trabajadores. No distinguía entre pobres y ricos. Diferenciaba, sí, entre buenos y malos, honestos y pillos y era un juez agudo, irónico, certero.

Fue un espléndido estratega. En su búsqueda de resultados analizaba a los actores, identificaba sus debilidades y fortalezas. Planteaba los escenarios antes de que, como ahora, asesores de todo cobraran fuertes sumas por decirle a los políticos qué y cómo hacerlo. Y llevaba a la práctica lo que su inteligencia concebía. Fue un excelente operador político, por algo presidió, con acierto, las dos Cámaras del Congreso de la Unión. En la de Diputados dirigió el más largo período de la historia.

Su carrera política es de las más longevas en el hipódromo de la vida —si se me permite la expresión—. Durante ella vivió el éxito y el fracaso. La proximidad de los *amigos*

cuando se está en ejercicio del poder y el sano y sabio alejamiento de los compañeros de viaje cuando el poder se desvanece.

De los cargos que desempeñó, todos con éxito, puede hacerse una amplia relación. Seré omiso: simplemente les diré que no fue Gobernador de Jalisco, Secretario de Estado y Presidente de la República. Jamás estuvo preocupado por ello. Estaba más allá de eso y de muchos de aquellos que han llegado y se han ido del gobierno sin dejar más testimonio que su gris grisura, como diría nuestro amigo Juan López Jiménez, recientemente fallecido.

Fascículo noveno

El administrador. Fue un hombre honrado. Jamás distrajo un centavo del erario en su provecho. Jamás uso el poder para lograr beneficios personales. Fue proverbial su disciplina en el gasto, lo mismo en su persona que tratándose de recursos públicos, los que siempre manejó con celo extremo.

En su preocupación por lograr el mejor rendimiento de los dineros públicos ideó un sistema de Fondos que permitiera que las asignaciones por programa no se vieran afectadas con transferencias motivadas por algún apremio o la proclividad de utilizar los recursos de un programa en otro. Lo mismo aplicó este sistema al frente del SIAPA, que en la Dirección de Pensiones del Estado, como Presidente Municipal de Guadalajara o como responsable de la Tesorería General del Estado.

Exigía cotidianamente, cuando manejaba dineros públicos, un in-

Patrocinó la
colección
Guadalajara, serie
de libros con temas
específicos de la
ciudad escritos por
los mejores autores
de esa época:
Francisco Ayón
Zester, Magdalena
González Casillas,
Gregorio González
Cabral, Armando
Morquecho Preciado,
Víctor Hugo Lomelí,
Carlos Gómez
Partida, Alberto
Gómez Barbosa,
Guillermo García
Oropeza, Marcos
Arana y por
supuesto, Fernando
Martínez Réding,
quien coordinó este
esfuerzo editorial.

forme que reflejara con exactitud la situación financiera del encargo en turno. Controlaba los dineros y controlaba a los encargados de su manejo, José Lavalle no me dejará mentir.

Nunca “estrenó” un automóvil, o dio de baja un traje pasado de moda. En cierta ocasión alguien trató de hacerle una broma al respecto y le preguntó: “Don Arnulfo, ¿y usted qué hace con los trajes viejos?” Sin inmutarse, contestó: “los uso”, provocando la risa de los testigos de la chanza que le habían jugado.

Vaya, el Maestro era tan cuidadoso en esta materia que, al tener que visitar Kioto, ciudad hermana de nuestra Guadalajara, integró una delegación sumamente reducida y el criterio de selección en alguno de los casos se definió por la soltería de uno de los regidores, así, dijo, “el Ayuntamiento se verá obligado a cubrir un pasaje y no dos”.

Fascículo Décimo

El amigo. Tenía un alto concepto de la amistad. Nunca fue hombre de rencillas, jamás anidó en su pecho rencor alguno. Cuando podía dar la mano lo hacía sin condiciones; cuando no, lo decía sin ambages. Nunca he sabido de alguien a quien hubiese engañado o causado daño intencional. Sabía trabajar en equipo. Respetaba la inteligencia y la lealtad; sin embargo, ente superior, no confundió la paja con el grano. Nunca omitió su opinión cuando era consultado, incluso cuando expresarla implicara riesgo. Consciente de su talento, entendía las razones de los demás y no se obcecaba en búsque-

das inútiles. Severo consigo mismo, era bastante tolerante con los demás. Nunca le agravió el éxito de nadie. No conoció la codicia ni la envidia y para los que dicen que era tacaño, siempre dio más de lo que recibió.

Fascículo undécimo

El hombre. No existe hombre solo, y no porque alguien no pueda sobrevivir en el aislamiento. Lo que sucede es que el hombre lo es, en tanto que los demás lo somos. ¿De qué serviría un idioma sin interlocutores?, ¿para qué el comercio, la cultura, el deporte, la política, sin los demás? ¿Se puede hacer la guerra, o el amor, sin el otro? Y así como no puede germinar una semilla sin tierra, el ser humano sólo florece en un espacio físico. Si bien, la dimensión mayor o menor obedece a los actos realizados, a la vida humana objetivada, al ajustamiento axiológico de su obra, la cual, juzgada, valorada por los demás, adquiere o no la categoría de trascendente.

No fue un hombre solo. De noble estirpe, hijo amoroso, hermano leal, padre irreprochable, tuvo la suerte de caminar, de compartir así sesenta años de su vida con doña Tere y no pocos con Mayte, sus nietas, con nosotros sus amigos, discípulos, compañeros de partido e ilusiones y también con los que no pensaban igual. En ese maravilloso tránsito llamado vida, sembró afecto, respeto, prestigio, y eso es lo que hoy cosecha.

Conclusión

Vivimos una serie de manifestaciones del conflicto social reveladas en múltiples crisis: de identidad,

de honradez, de congruencia, de pertenencia. Crisis de valores. Vivimos la era de la simulación. Representamos, como actores en escena, un papel. Abandonamos nuestra responsabilidad social porque ella implica pensar en los demás. Nos evadimos para acallar nuestras conciencias. No queremos saber de nada, para que nadie pueda recriminarnos. Hemos renunciado a representar y abandonado nuestra representación. Dejamos de representarnos porque en gran medida hemos dejado de ser pueblo, suma. Lo individual se montó en lo colectivo para avasallar.

Lo público se vuelve privado con la complaciente, silenciosa, muda complicidad de todos. Nos decimos demócratas, tolerantes, abiertos y hacemos todo para conculcar la opinión de los demás. Nos abrogamos derechos que no hemos ganado. Negamos a los de enfrente, incapaces de aceptar su existencia. Mentimos cínicamente y luego comulgamos. Somos esqueletos revestidos de ornamentos que mañana la realidad dejará al desnudo. ¿Cuál es el futuro de nuestra ciudad?, ¿cuál, el de nuestros hijos?, ¿cómo es la sociedad que queremos?, ¿dónde estamos los ciudadanos?

Si aspiramos en verdad a ser mejores, personajes como don Arnulfo deben inspirarnos. Él, como su abuelo, dejó testimonio de su amor, de su compromiso con Guadalajara, con México. Así como ayer don Arnulfo, *El Viejo*, pegó ladrillos que aun permanecen, don Arnulfo, *El Joven*, llenó a nuestra ciudad de obras que reflejan la congruencia de las ideas, las palabras y los hechos.

¿Queremos una ciudad mejor, justa, limpia, ordenada, bella, sencilla, armoniosa, tolerante, alegre, generosa, cálida?

¿Queremos un pueblo satisfecho, amable, inteligente, irreverente, jovial, enérgico, prudente, discreto, trabajador, amante, congruente, culto, orgulloso de sí mismo?

El destino es nuestro. No lo dejemos pasar. Hagamos política.... de la buena. Trabajemos sin esperar recompensa. Llenemos nuestros ojos de nuevas visiones, nuestros oídos de nuevos sonidos. Desarrollemos nuestra capacidad creativa. Abramos nuestras manos con generosidad a los jóvenes. Démosle dirección a nuestros pies. Reencontrémonos con nuestros vecinos, devolvámosle el contenido a las palabras, recuperemos el sentido de vivir en comunidad.

No nos dejemos enajenar por aquellos que piensan que todo es sustituible, reemplazable: *pasado, presente, mujer, hombre, automóvil, tierra, música, Dios*.

Cerrémosles el paso a quienes piensan que todos los bienes son materia de apropiación, que todo está en el mercado: honra, criterio, patrimonio, libertad. Demostremos que somos capaces de construir nuestro futuro.

Hace cuatrocientos sesenta y cuatro años, en este lugar no había nada. Hoy, a pesar de todo, aquí estamos. Que las generaciones del futuro celebren por los siglos de los siglos a hombres y mujeres que, como don Arnulfo, llenaron de dignidad el espacio de su casa, nuestra casa: *Guadalajara*.



Hay que agradecerle a don Arnulfo que haya dotado a nuestra ciudad de un edificio para proteger nuestros viejos y nuevos papeles. Sí: el Archivo Histórico de Guadalajara ubicado en la calle Esmeralda 2486, Fraccionamiento Bosques de la Victoria.